

[La unidad del partido y el peligro de escisión]

León Trotsky

Principios de octubre de 1926

(Versión al castellano de Vicent Blat desde *The Challenge of the Left Opposition (1926-27)*, Pathfinder, Nueva York, 1980, páginas 140-149. "... En este memorándum, que probablemente sea un documento de autoría conjunta, pudo haber sido la influencia de Zinóviev la que dio lugar al reconocimiento de que "bajo un régimen normal del partido" es un delito criticar decisiones que ya se han tomado. A Trotsky evidentemente le molestaba esta formulación y quería modificarla. (En una de las tres versiones, insertó, para luego tacharlo, que esto es correcto "en términos generales"). Zinóviev, por su parte, era un centralista muy intransigente, y su trayectoria posterior demuestra su inclinación a capitular ante el aparato, por muy irrazonables, incluso brutales, que fueran sus exigencias.)

Esta es la cuestión principal del debate. Es la consigna principal y, de hecho, la única de la fracción dominante. Se acusa a la Oposición de violar, o de amenazar con violar, la unidad del partido. Esta es la principal acusación contra la Oposición. Todos los miembros del partido y todos los obreros no afiliados que tengan un mínimo de conciencia política comprenden la importancia de la unidad del partido en las condiciones de la dictadura revolucionaria. De ahí deriva la enorme importancia de la cuestión de la unidad del partido y el peligro, no menos enorme, de un enfoque incorrecto de esta cuestión.

Hay que decirlo alto y claro: *la consigna de la unidad del partido, en manos de la fracción dominante, se está convirtiendo cada vez más en un instrumento de terror ideológico (intimidación y acoso) contra la abrumadora mayoría del partido.*

El partido es, ante todo, una organización de acción. La totalidad de sus miembros debe ser capaz de movilizarse para el combate en cualquier momento, bajo la dirección del comité central. Tal preparación para el combate es inconcebible sin la unanimidad del partido. Pero sería un error de lo más grave pensar que la unanimidad puede crearse únicamente a partir de los clichés de los manuales oficiales dictados desde arriba. La unanimidad la produce el partido en su conjunto mediante la renovación y la acumulación constantes de la experiencia colectiva, a través de un esfuerzo colectivo de reflexión, sobre la base del programa, las normas, las tradiciones y la experiencia pasada del partido. Este proceso es inconcebible sin diferencias, críticas y el choque de ideas. Si la preparación revolucionaria para el combate requiere un centralismo poderoso, entonces el mantenimiento, el desarrollo y el fortalecimiento de la unidad ideológica en un partido con más de un millón de miembros requieren una democracia de partido no menos poderosa. Sin centralismo, la democracia de partido es el camino organizativo hacia el menchevismo. Sin democracia, el centralismo es el camino burocrático hacia la degeneración burocrática del partido.

La política organizativa de la fracción dominante presenta el mismo tipo de "tijeras" que se encuentra en todas sus demás políticas: de palabra, el reconocimiento de la democracia de partido; de hecho, la represión cada vez mayor de toda manifestación de pensamiento o crítica fuera del marco de la fracción dominante, cerrada en sí misma, que ocupa la cúpula. Esto es lo que constituye el principal peligro que amenaza la unidad del partido.

La camarilla fraccional dirigente utiliza todo el aparato del partido y del estado para defender sus posiciones fraccionales, incluidos sus errores. La concentración de todo el poder en manos del comité central es una necesidad imperiosa. La concentración de todo el poder en manos de una fracción secreta y cerrada es un peligro terrible. Incluso un comité central, incluso el mejor, puede cometer errores. Pero el partido, que vive una

vida colectiva, tiene la posibilidad, basándose en su propia experiencia, de corregir a su comité central. Sin embargo, la situación cambia radicalmente cuando los recursos del partido y del estado se concentran en manos de una fracción aislada, o de su minúsculo grupo dirigente (una especie de “septemvirato” o “decenvirato”), que está sujeto a una disciplina fraccional interna, considerada superior a la disciplina del partido. Las instituciones oficiales del partido, sus conferencias e incluso sus congresos, se ven en una posición en la que no tienen más remedio que dar su consentimiento, a posteriori, a decisiones ya tomadas o a hechos consumados. Durante el XIV Congreso, decisiones de importancia excepcional, que alteraban radicalmente la composición de las instituciones dirigentes del partido y la orientación de sus políticas, cayeron como una completa sorpresa sobre las cabezas de un partido desprevenido. El pleno de julio se enfrentó en el último momento a un nuevo y radical cambio en la dirección del partido, llevado a cabo a espaldas de este (la sustitución del camarada Zinóviev en el politburó por el camarada Rudzutak, la inclusión revisada del camarada Kámenev como octavo miembro candidato y la incorporación de nuevos miembros candidatos que, de hecho, forman parte de la dirección central de la fracción gobernante). Incluso los delegados al congreso y los miembros de a pie del CC y de la CCC se ven cada vez tomados por sorpresa por la fracción dominante en la cúpula y se ven obligados a elegir entre aceptar en silencio una decisión ya tomada o pasarse a la “oposición”. Pero dado que cualquier oposición, o incluso cualquier crítica, se declara una amenaza para la unidad del partido y se castiga con los métodos más severos del aparato, a la mayoría de los delegados del congreso o de los miembros del CC y de la CCC no les queda más remedio que aceptar en silencio las medidas adoptadas por el grupo fraccional dominante.

La crítica a las decisiones ya tomadas se declara un delito. En un régimen partidario normal, eso sería correcto. La crítica es mucho más oportuna durante un debate previo a la toma de una decisión. Pero la esencia misma del régimen actual consiste en imponer al partido decisiones ya tomadas, decisiones que se han debatido y acordado en reuniones de la fracción gobernante que se mantienen en secreto para el partido y en las que se decide de antemano la distribución de fuerzas, se asegura de antemano la mayoría formal, etc. Así, antes de que se tome la decisión, el partido no sabe nada al respecto, por muy importante que sea. Y una vez que la decisión ha caído sobre el partido como una sorpresa total, se prohíbe debatirla so pena de ser acusado de violar la disciplina. Solo mediante tales métodos, que son profundamente perjudiciales y totalmente contrarios a los intereses del partido, se mantiene el régimen de dominación incuestionable de un grupo fraccional. Que señalen siquiera un ejemplo de crítica en el partido que no haya sido inmediatamente tildada de “oposición”. Que señalen un solo ejemplo de oposición que no haya sido proclamada inmediatamente, desde las altas esferas, como una “fracción”. Nadie puede señalar tal ejemplo, y eso por sí solo basta para caracterizar plenamente el actual régimen del partido. El retroceso político respecto a la línea de clase les conduce inevitablemente por el camino de la presión del aparato burocrático sobre el partido. Tal rumbo conduce inevitablemente a una agrupación fraccional cerrada en la cúpula y a una selección rígida de todo el aparato por parte de dicha fracción. A su vez, la concentración del poder en manos de una fracción mantenida en secreto ante el partido fomenta inevitablemente la tendencia hacia el gobierno unipersonal. La dirección colectiva está indisolublemente ligada a un régimen de democracia partidaria. Un aparato burocratizado, que impone su voluntad al partido, busca inevitablemente una voluntad única en la cúpula. *En estas condiciones, cualquier expresión independiente del pensamiento del partido adquiere inevitablemente un marcado carácter de oposición.* La fracción gobernante reprime cualquier crítica, cualquier oposición, con la consigna de la unidad del partido. La esencia del asunto es que el grupo fraccional en la cúpula, con el

pretexto de la unidad del partido, defiende su monopolio sobre la dirección del partido mediante métodos fraccionales.

Pero el problema radica en que, cuanto más violentamente defiende la fracción dominante la “unidad del partido”, más la pone en peligro. Los debates, aunque sean distorsionados y parciales, se vuelven cada vez más frecuentes y acalorados; las consecuencias organizativas se vuelven cada vez más graves y dolorosas. La tendencia hacia el gobierno unipersonal en la dirección del partido se hace evidente de forma cruda y descarnada. Como resultado de todo ello, el partido se ha dividido artificialmente en tres partes bastante bien delimitadas: (1) la fracción dominante, que constituye la columna vertebral del aparato seleccionado desde arriba; (2) los elementos de la oposición, que luchan por una rectificación de la línea del partido y por el restablecimiento de la normalidad en el régimen del partido; y (3) la amplia masa del partido que se encuentra en medio, atomizada, desorientada y, en la práctica, privada de cualquier posibilidad de influir activamente en los destinos del partido. Esta situación fundamentalmente malsana en el partido es la fuente real e innegable de todo tipo de peligros, sobre todo del peligro de una escisión.

Uno puede resignarse a cualquier régimen siempre que este cumpla algún propósito. Pero el régimen actual no está acercando el partido a la unidad; al contrario, lo está alejando aún más. Desde que Lenin se retiró de la actividad política, hemos tenido la discusión de 1923, la de 1924, la de 1925 (con la Oposición de Leningrado), la nueva discusión del aparato contra el “trotskysmo” (primavera de 1926), la nueva y aguda discusión contra la Oposición de Leningrado, formalmente centrada en el “asunto” Lachevich (junio-julio de 1926), y ahora una nueva discusión que se está desarrollando contra el “trotskysmo” en general y contra la Oposición de Leningrado, acusada de “trotskysmo”, en particular. El carácter y los métodos de la actual discusión son conocidos por todos y no necesitan explicación. Lo que hasta hace poco solo estaba claro para los círculos mejor informados se está volviendo cada vez más evidente para todo el partido, a saber, que el objetivo de todas estas discusiones y medidas organizativas es la derrota total del núcleo que hasta hace poco se denominaba la Vieja Guardia Leninista, y su sustitución por el gobierno unipersonal de Stalin, apoyado en un grupo de camaradas que siempre están de acuerdo con él.

Solo un necio o un burócrata sin remedio podría pensar que la lucha estalinista por la “unidad del partido” es capaz de lograr realmente la unidad, ni siquiera a costa de aplastar al antiguo grupo dirigente y a toda la Oposición actual en su conjunto. De todo lo dicho se desprende claramente que, cuanto más cerca parece estar Stalin de su objetivo, más lejos se encuentra de él en realidad. El gobierno unipersonal en la administración del partido, que Stalin y su círculo más íntimo denominan “unidad del partido”, requiere no solo la derrota, la destitución y la expulsión de la actual Oposición Unida, sino también la *eliminación gradual de todas las figuras con autoridad e influyentes de la actual fracción gobernante*. Es bastante obvio que ni Tomsky, ni Ríkov, ni Bujarin (debido a su pasado, su autoridad, etc.) son capaces de desempeñar bajo el mando de Stalin el papel que Uglanov, Kaganovich, Petrovsky y otros desempeñan bajo su mando. La expulsión de la actual Oposición significaría, de hecho, la inevitable transformación del antiguo grupo del comité central en una oposición. Se incluiría en el orden del día un nuevo debate, en el que Kaganovich pondría en evidencia a Ríkov, Uglanov a Tomsky, y Slepkov, Sten y compañía desacreditarían a Bujarin. Solo un imbécil sin remedio podría dejar de ver lo inevitable de esta perspectiva. Pero, al mismo tiempo, los elementos más abiertamente oportunistas del partido abrirían fuego contra Stalin, tachándolo de estar demasiado infectado por prejuicios “izquierdistas” y de obstaculizar un retroceso más rápido y descarado.

*

**

Lenin escribió que una escisión en el partido solo sería inevitable si resultara inevitable una escisión entre las clases (el proletariado y el campesinado). ¿Podemos decir que ha llegado ese momento? En absoluto. A pesar de los giros erróneos en las políticas económicas, soviéticas y de otro tipo, el partido sigue teniendo plena capacidad para corregir estos errores, enderezar el rumbo de la política económica y asegurar así *una nueva consolidación de la "smychka" sobre una base económica y política más elevada.*

La cuestión del régimen del partido y de la dirección del partido se encuentra en una situación más peligrosa. El partido es el instrumento básico de la revolución. Si este instrumento se ve debilitado, ello tiene un efecto desastroso sobre todas las tareas de la revolución y sobre todo su destino. Para lograr la corrección de los errores económicos y la rectificación de la línea del partido, este no solo debe querer ello, sino también tener la oportunidad de llevar a cabo su voluntad. Por eso, cambiar el régimen del partido es la cuestión de las cuestiones.

Pero ¿no existe el peligro de que la propia lucha por cambiar el régimen del partido pueda conducir a una escisión? Negar este peligro sería hipócrita. Sin embargo, el origen de este peligro no es la lucha contra la enfermedad, sino la propia enfermedad, es decir, sobre todo, la política del grupo estalinista. Negarse a intentar curar la enfermedad a tiempo solo significaría que esta se desarrollara sin obstáculos, lo que en el futuro podría colocar al partido en una situación en la que ya fuera demasiado tarde para curarla.

Por decirlo de forma más sencilla: ¿Se puede cambiar el régimen del partido sin convulsiones y, sobre todo, sin un desastre? No tenemos ninguna duda de que sí. En cualquier caso, estamos dedicando todos nuestros esfuerzos a ese fin. La burocratización del partido está muy avanzada, pero de ninguna manera hasta el punto de haber paralizado la voluntad del partido y, especialmente, de su vanguardia proletaria. En la práctica, la tarea se reduce a dar a los miembros del partido la oportunidad de hacer uso de sus derechos y expresar su voluntad, dentro del marco de las normas del partido y en un espíritu de unidad.

Pero esto, a su vez, significa que hay que impedir a toda costa que la fracción de Stalin, *que constituye una fracción dentro de la fracción dominante*, siga sacudiendo al partido con debates parciales y desorganizándolo con medidas que allanan el camino a un régimen ruinoso de gobierno unipersonal en el partido.

Si el comité central y la comisión central de control pudieran encontrar en sí mismos la fuerza para poner fin a esta labor destructiva, abolir la gestión del partido por parte de una fracción secreta y restablecer la dirección colectiva, la Oposición apoyaría esta iniciativa de todo corazón y todo el partido acogería con gran entusiasmo un paso tan valiente. Sin embargo, tras la experiencia del pleno de abril y, sobre todo, del pleno de julio, queda muy poca esperanza de que el CC o la CCC lancen una iniciativa unificadora. Tanto en abril como en julio, la Oposición presentó lealmente sus propuestas al máximo órgano del partido. Las más importantes de estas propuestas fueron rechazadas sin ser consideradas, e incluso se eliminaron del acta de las sesiones. La Oposición se vio obligada a guardar silencio, pero los representantes de la mayoría, a pesar de dicho silencio, iniciaron una virulenta campaña de difamación contra ella, presentando al partido versiones monstruosamente distorsionadas de las opiniones y propuestas de la Oposición. Este debate, cada vez más unilateral, se ha llevado y se sigue llevando a cabo con el único fin de preparar al partido para medidas organizativas aún más perjudiciales. Nunca antes se habían utilizado los métodos de intimidación, terror, difamación y expulsión de forma tan desenfrenada como ahora. Los nombramientos más importantes (para Vesenkha, el comisariado de comercio, la labor diplomática, etc.) se realizan

exclusivamente desde el punto de vista de la selección fraccional, en detrimento de nuestros intereses más vitales en las esferas económica y política. El grupo de Stalin quiere zanjar el asunto desde el punto de vista organizativo lo antes posible. Pretenden subordinar el próximo pleno de octubre y el XV Congreso del partido a este objetivo. Quieren volver a confrontar al partido con hechos consumados e irreversibles, tras lo cual el XV Congreso no tendrá más remedio que sancionar la escisión llevada a cabo por el grupo de Stalin.

Está totalmente al alcance del partido impedir que estos planes se hagan realidad. Para ello, los miembros del partido solo tienen que hacer uso de sus derechos partidistas. Lo que se necesita es que unos pocos miembros, o incluso un solo miembro, en cada célula del partido, a pesar de todas las grotescas tácticas de presión aplicadas desde arriba, tomen la palabra en el momento crucial y digan: “Si el CC y la CCC son incapaces de ahorrarle al partido nuevos tormentos, deben al menos dejar de impedir que el partido reciba información completa y mantenga un debate abierto sobre las diferencias que hasta ahora se han mantenido dentro de los límites de las instituciones dirigentes del partido. Declaramos de antemano que cualquier intento de decidir cuestiones fundamentales de la vida y la dirección del partido a espaldas de este, y de presentar al próximo XV Congreso del partido un hecho consumado, constituye un acto antipartidista y delictivo”.

Ese es el camino de la *auténtica* lucha por la unidad del partido.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es